

de León imita *directamente* algunas odas de Horacio, entre ellas el *Vaticinio de Nereo*, trocado en *Profecía del Tajo*, y el *Beatus ille* en la oda *¡Qué descansada vida!* La segunda de estas imitaciones es muy superior a la primera, porque la anima el sentimiento vivo y personal del poeta. En ambas está maravillosamente trabajada la forma, lo cual ha contribuido a su fama, perjudicial tal vez a la de otras composiciones más características del poeta, aunque menos correctas. Por primera vez se aplica en la *Profecía* el estilo clásico a asuntos históricos nacionales. A la oda *erótica* horaciana, introducida por Garci-Lasso, sucede la *filosófica y moral*, nunca afeada en fray Luis con rastros de epicurismo. Una vez sola, en el período de *educación poética* antes indicado, pagó tributo el teólogo salmantino a la moral pagana. Me refiero a la lindísima *Imitación de diversos*, notable asimismo por estar en una forma métrica predilecta de los poetas palacianos del siglo xv, y casi desterrada entre los eruditos del xvi.

Son varias las odas *morales* de fray Luis que pertenecen a este período de imitación horaciana directa. Señalaré, entre las menos citadas, aunque muy dignas de serlo, la que comienza:

“Virtud, hija del cielo,  
La más ilustre empresa de la vida...”

que es imitación del himno de Aristóteles a Hermias; pero contiene, además, reminiscencias del *Justum et tenacem*, v. gr.:

“Tú dende la hoguera  
Al cielo levantaste al fuerte Alcides...”

lo cual recuerda inmediatamente el

“Hac arte Pollux, hac vagus Hercules...”

Imitación felicísima del *Nullus argento* es la oda sobre la *avaricia*, enderezada a Felipe Ruiz:

“En vano el mar fatiga  
La vela portuguesa; que ni el seno  
De Persia, ni la amiga  
Maluca da árbol bueno,  
Que pueda hacer un ánimo sereno...”

Obsérvese cuán hábilmente sabe remozar León con recuerdos contemporáneos las máximas de la sabiduría antigua. Otras veces pone una imagen donde en el original había una sentencia, o se apodera de la sentencia, deja la imagen empleada por su modelo, y sustituye otra. Por ejemplo, en la oda *del moderado y constante* expuso la idea del *justum et tenacem* por medio del símil de la *nudosa carrasca*, en *alto risco des-*

*mochada*. En estas odas hay materia de inagotable estudio. El procedimiento lírico se aprende, si aprenderse puede, mejor que en ningún tratado de Estética. Siempre aparecen claras las semejanzas y las diferencias entre Horacio y León. Toma el segundo la descripción del invierno en el *Vides ut alta stet nive candidum*; la repite con circunstancias nuevas en la oda a *Juan de Grial*, y termina con exhortaciones, no al placer, sino a los *estudios nobles*, y con una leve alusión a sus desgracias personales, la cual basta para dar carácter *subjetivo* a la poesía, ni más ni menos de lo conveniente.

En este período hay todavía algo de inseguro y vacilante en los pasos del poeta, mas siempre acierta a poner vida propia en lo que imita. La oda *A todos los Santos*, con ser remedo a veces muy cercano del *Quem virum aut heroa*, está llena de entusiasmo religioso, sin que lo singular de su estructura dañe ni empezca al efecto total ni al de los pormenores.

A esta época debe pertenecer también la oda *A Santiago*, más incorrecta, pero no menos inspirada que la *Profecía del Tajo*. Debió ser uno de los primeros ensayos originales del poeta, pues ni la expresión es tan concentrada, ni el vuelo lírico tan rápido, ni las reminiscencias clásicas

están bien fundidas con el tono general de la obra, habiendo alguna incongruencia, como la de impeler las Nereidas el bajel que conduce el cuerpo del Apóstol. Fuera de este caso, es admirable en los versos de fray Luis de León el arte de entremezclar y fundir lo viejo con lo nuevo, lo ajeno con lo propio.

Tal acontece en la oda *A Cherinto*, en que está bien traducido y diestrisimamente intercalado el canto de las sirenas en la *Odisea*.

5.º *Período de completo desarrollo*.—Imitación sumamente libre y sólo de las condiciones externas. La poesía de fray Luis de León toma un carácter del todo místico, aunque conserva la forma clásica. De Horacio guarda siempre la condensación del pensamiento en breves frases, el arte exquisito de las transiciones y el de enlazar los episodios; pero el estro lírico del maestro León, iluminado por la fe y el amor, vuela a alturas nunca alcanzadas por el romano. No basta el estrecho molde de la oda *moral* para contener las inspiraciones del sabio agustino, ni basta el de la oda *heroica*, ni aun el de la poesía *ascética*, ensayada en *La vida religiosa*, perteneciente, sin duda, al período anterior. En éste ha llegado a su madurez el ingenio y no se detiene sino en el misticismo. Partiendo del sentimiento

de la naturaleza en la oda *A Felipe Ruiz*, del sentimiento del arte en la oda *A Salinas* (1), obsérvese dondequiera la elevación del alma a Dios, manifiesta asimismo en *La noche serena*, en *El apartamento*, en la hermosa alegoría *Alma, región luciente*, y en las aladas estrofas a *La Ascensión*. Estas seis composiciones son las más bellas de su autor y de la poesía española. Nada hay superior, como no sean las canciones místicas de San Juan de la Cruz, que no parecen ya entonadas por hombres, sino por ángeles (2).

Nada citaré de fray Luis de León. El que no le sepa de memoria, apréndale y medítele de continuo, que cada día hallará nuevas ocasiones de deleite y de asombro.

“Intender non la può chi non la prova.”

El profesor de Salamanca entendió como nadie lo que debía ser la poesía moderna. Espíritu cristiano y forma de Horacio, la más perfecta de las formas líricas.

Unidas a las poesías auténticas de León co-

(1) Admirable paráfrasis de la doctrina estética de Platón. (Milá y Fontanals.)

(2) Hay de fray Luis de León una canción petrarquesca, *A Nuestra Señora*, que es de lo más hermoso que puede leerse. Fué compuesta durante su prisión.

rren otras muchas, apreciables casi todas, pero de origen más oscuro y controvertible. El separarlas y discernirlas pudiera dar motivo a un trabajo crítico especial, todavía no hecho, y que tal vez emprendamos algún día. Ahora baste dejar asentado que, si no son de fray Luis, pertenecen a discípulos e imitadores suyos, es decir, a la escuela poética salmantina. Muchas de estas odas son *horacianas*, por lo menos en la forma, y a veces imitan derechamente las del ilustre autor de *Los nombres de Cristo*. Hay, por ejemplo, una paráfrasis, de sobra larga y desleída, de *La noche serena* y de *La Vida descansada*, la cual comienza así, según el texto publicado por el padre Merino:

“Cuando la noche oscura  
Romper quiere su velo tenebroso  
Y triste vestidura,  
Que afea el cielo hermoso  
Y envuelve su belleza y ser gracioso...”

El ignorado autor de esta oda carecía de nervio en el decir y de toda originalidad en el pensamiento, pero a veces remeda bien el tono del gran maestro. Citaré algunas estrofas, ya que nadie ha parado mientes en ellas:

“En una fría peña  
Veréis una gran vena y abertura,

Por donde se despeña  
El agua ya más pura,  
Para mostrar del todo su hermosura.

.....

Al son de su ruido  
Alrededor las aves se embebecen,  
Deléytase el oído,  
Los ojos se adormecen,  
Que de velar cansados desfallecen.

.....

El frescor de esta fuente  
El fuego de la siesta está templando,  
Hasta que del Oriente  
El sol se va alejando,  
Las sombras paso a paso acrecentando.

.....

Esferas celestiales,  
Que con primor divino estáis labradas,  
De luces eternas  
En orden esmaltadas,  
Y de dorados clavos tachonadas.

.....

¡Oh ayres sosegados,  
Ya libres de las voces y ruidos,  
Al cielo encaminados,  
Del corazón salidos,  
Llevad con vuestras ondas mis gemidos!  
Lleguen a la presencia  
Del uno entre millares escogido:  
Lamentando su ausencia,  
En tierra del olvido  
Queda mi corazón de amor herido.”

Del mismo autor deben de ser unas lirás *A la Magdalena*, trovando a lo divino la *Flor de Guido*, y en especial el episodio de Anaxarete.

Me parece descubrir el estilo de Arias Montano en otras lirás *A la hermosura exterior de Nuestra Señora*, que se leen a continuación de esas en la edición del padre Merino. Posible es que el anónimo imitador de fray Luis y de Garci-Lasso se propusiese reproducir asimismo el regalado y sabroso estilo del grande hebraísta en su paráfrasis castellana de los *Cantares*; pero fuerza sería entonces confesar que lo alcanzó de tal manera, que no hay medio de distinguir los versos del imitador de los de su modelo. Esto y el tropezar con algunos finales agudos, defecto de Arias Montano y no de fray Luis ni de su imitador, pudieran inducir a la creencia de que realmente pertenece esa oda al solitario de la Peña de Aracena.

Mas del anónimo es, sin dudá, una imitación, o más bien *rifacimiento*, del *Cuán bienaventurado*, de Garci-Lasso, así encabezada:

“¡Oh quán dichoso estado  
Y quán dulces riquezas  
Son las que el labrador rústico tiene!...”

En otras poesías se reconoce diversa mano, y casi nunca es fácil conjeturar a quién deban

atribuirse. Quizá algunas sean de fray Basilio Ponce de León, de don Juan de Almeida, de don Alonso de Espinosa.

(De Horacio en España.)

¿Quién me dará palabras para ensalzar ahora, como yo quisiera, a fray Luis de León? Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre sino de ángel, no hay lírico castellano que se compare con él, aún me parecería haberos dicho poco. Porque desde el Renacimiento acá, a lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza: nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas, y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno. El mármol del Pentélico labrado por sus manos se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos e italianos, de Horacio, de Píndaro y del Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles a Hermias, corre juvenil aliento de vida que lo transfigura y lo remozca todo. Así, con piedras de las canteras del Atica labró Andrés Chénier sus elegías y sus idi-

lios, jactándose de haber hecho, sobre pensamientos nuevos, versos de hermosura antigua; pero bien sabéis que el procedimiento tenía fecha. Error es creer que la originalidad poética consista en las ideas. Nada propio tiene Garcilaso más que el sentimiento, y por eso sólo, vive y vivirá cuanto dure la lengua. Y aunque descubramos la fuente de cada uno de los versos de fray Luis de León, y digamos que la tempestad de la oda a Felipe Ruiz se copió de las *Geórgicas*, y que *La vida del campo* y *La profecía del Tajo* son relieves de la mesa de Horacio, siempre nos quedará una esencia purísima, que se escapa del análisis; y es que el poeta ha vuelto a sentir y a *vivir* todo lo que imita de sus modelos, y con sentirlo lo hace propio, y lo anima con rasgos suyos; y así en la tempestad pone *el carro de Dios ligero y reluciente*, y en *La vida retirada* nos hace penetrar en la granja de su convento, orillas del Tormes, en vez de llevarnos, como Horacio, a la alquería de Pulla o de Sabinia, donde la tostada esposa enciende la leña para el cazador fatigado. ¡Poesía legítima y sincera, aunque se haya despertado por inspiración refleja, al contacto de las páginas de otro libro! Hay cierta misteriosa generación (*τόκος εν τῷ καλῷ*), como dijo

Platón. El sentido del arte crece y se nutre con el estudio y reproducción de las formas perfectas. A. Chénier lo ha expresado con similitud felicitísima: el de la esposa lacedemonia que, cercana al parto, mandaba colocar delante de sus ojos las más acabadas figuras que animó el arte de Zeuxis, los Apolos, Bacos y Helenas, para que, apacentándose sus ojos en la contemplación de tanta hermosura, brotase de su seno, henchido de aquellas nuevas y divinas formas, un fruto tan noble y tan perfecto como los antiguos ejemplares y dechados. Así se comprende que fray Luis de León, con ser poeta tan sabio y culto, tan enamorado de la antigüedad y tan lleno de erudición y doctrina, sea en la expresión lo más sencillo, candoroso e ingenuo que darse puede, y esto no por estudio ni por artificio, sino porque juntamente con la idea brotaba de su alma la forma pura, perfecta y sencilla; la que no entienden ni saborean los que educaron sus oídos en el estruendo y tropel de las odas quintanescas. Es una mansa dulzura, que penetra y embarga el alma sin excitar los nervios, y la temple y serena, y le abre con una sola palabra los horizontes de lo infinito:

“Aquí el alma navega  
Por un mar de dulzura, y finalmente

En él así se anega,  
Que ningún accidente  
Extraño o peregrino oye ni siente.”

Ese efecto que en el autor hacía la música del ciego Salinas, hacen en nosotros sus odas. Los griegos hubieran dicho de ellas que producían la apetecida *Sophrosyne* (Σωφροσύνη), aquella calma y reposo y templanza de afectos, fin supremo del arte:

“El aire se serena  
Y viste de hermosura y luz no usada,  
Salinas, cuando suena  
La música extremada  
Por vuestra sabia mano gobernada.”

Música que retrae al poeta la memoria

“De su origen primera esclarecida”,  
y le mueve a levantarse sobre el oro y la belleza terrena y cuanto adora el vulgo vano, y traspasar las esferas para oír aquella música no percedera que las mueve y gobierna y hace girar a todas; música de números concordes, que oyeron los pitagóricos y San Agustín y San Buenaventura, y que es la fórmula y la cifra de la estética platónica.

Todo lleva a Dios el alma del poeta, no así da nunca a las formas sensibles, ni del arte ni

de la naturaleza (con ser de todos los nuestros-  
quien más la comprendió y amó), sino ávida  
de lo infinito, donde centellean las ideas ma-  
dres, cual áureo cerco de la Verdad suprema;  
donde se ve distinto y junto

“Lo que es y lo que ha sido,  
Y su principio cierto y escondido”;

donde la paz reina y vive el contento, y donde  
sestea el buen Pastor, ceñida la cabeza de púr-  
pura y de nieve, apacentando sus ovejas con in-  
mortales rosas, productoras eternas de con-  
suelo,

“Con flor que siempre nace,  
Y cuanto más se goza, más renace.”

¿Y será hipérbole, señores, el decir que tales  
cantos traen como un sabor anticipado de la  
gloria, y que el poeta que tales cosas pensó y  
acertó a describir había columbrado en alguna  
visión la morada de grandeza, el templo de cla-  
ridad y de hermosura, *la vena del gozo fiel*,  
los repuestos valles y los riquísimos mineros,  
y las esferas angélicas,

“De oro y luz labradas,  
De espíritus dichosos habitadas?”

(Del *Discurso de entrada en la Real Academia Espa-  
ñola.*)

## POESÍAS DEL M. FRAY LUIS DE LEON

### PARTE PRIMERA

*A don Pedro Portocarrero,  
fray Luis de León.*

Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron como de entre las manos estas obrecillas, a las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio o voluntad. No porque la Poesía, mayormente si se emplea en argumentos debidos, no sea digna de qualquier persona y de qualquier nombre (de lo qual es argumento que convence haber usado Dios de ella en muchas partes de sus sagrados libros, como es notorio) sino porque conocía los juicios errados de nuestras gentes, y su poca inclinación a todo lo que tiene alguna luz de ingenio o de valor; y entendía las artes y maña de la ambición y del estudio del interés propio, y de la presunción ignorante, que son plantas que nacen siempre y crecen juntas, y se enseñorean agora de nuestros tiempos. Y ansí tenía por vanidad excusada a costa de mi trabajo ponerme por blanco a los golpes de mil juicios desvariados y dar materia de hablar a los que no

viven de otra cosa. Y señaladamente siendo yo de mi natural tan aficionado al vivir encubierto, que después de tantos años como ha que vine a este Reyno, son tan pocos los que me conocen en él, que como Vmd. sabe se pueden contar por los dedos. Por esta causa nunca hice caso de esto que compuse, ni gasté en ello más tiempo del que tomaba para olvidarme de otros trabajos, ni puse en ello más estudio del que merecía lo que nacía para nunca salir a luz; de lo qual ello mismo y las faltas que en ello hay, dan suficiente testimonio. Pero como suele acontecer a algunos mozos que maltratados de los padres o ayos se meten frayles, así estas mis mocedades teniéndose como por desechadas de mí, se pusieron, según parece, en religión, y tomaron nombre y hábito muy más honrado del que ellas merecían; y han andado debajo dél muchos días en los ojos y en las manos de muchas gentes, haciendo agravio a una persona religiosa y bien conocida de Vmd. a quien se allegaron, con la qual yo en los años pasados tuve estrecha amistad, y no la nombro aquí por no agraviarla (1) más. La ocasión de este error Vmd. la sabe, y porque es para pocos, y decilla aquí sería comunicalla con muchos, no la digo. Basta saber que la persona que he dicho, por condescender con mi gusto, que era vivir desconocido, disimuló, hasta

(1) El impreso, *agraviarla. Mas la.*

que fatigado ya con otras cosas que la malicia y envidia de algunos hombres pusieron a sus cuestras (de las quales Dios le descargó como ha parecido) trató conmigo que si no me era pesado, le librase yo también de esta carga. Si el reconocer mis obras, y el publicarme por ellas fuera poner en condición la vida, en un ruego y demanda tan justa lo hiciera; y no aventurando en ello cosa que importe más que es vencer un gusto mío particular, si lo rehusara no me tuviera por hombre. Y así lo hice, o por mejor decir lo hago ahora. Y recogiendo a este mi hijo perdido, y apartándole de mil malas compañías que se le habían juntado, y emendándole de otros tantos malos siniestros que había cobrado con el andar vagueando, le vuelvo a mi casa, y le recibo por mío. Y porque no se queje de que le he sacado de la iglesia adonde él se tenía por seguro, envíole a Vmd. para que le ampare como cosa suya, pues yo lo soy: que con tal trueque bien sé que perderá la queja y se tendrá por dichoso.

Son tres partes las de este libro. En la una van las cosas que yo compuse mías. En las dos postreras, las que traduxe de otras lenguas de autores así profanos como sagrados. Lo profano va en la segunda parte, y lo sagrado, que son algunos salmos y capítulos de Job, van en la tercera. De lo que yo compuse juzgará cada uno a su voluntad: de lo que es traducido el que quisiere

ser juez, pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña en la suya sin añadir ni quitar sentencia, y (1) guardar quanto es posible las figuras de su original y su *do-naire*, y hacer que hablen en castellano y no como extrangeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. Lo qual no digo que he hecho yo, ni soy tan arrogante, mas helo pretendido hacer y así lo confieso. Y el que dixere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime más mi trabajo. Al qual yo me incliné sólo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar. Mas esto caiga como cayere, que yo no curo mucho de ello; sólo deseo agradar a Vmd. a quien siempre pretendo servir; y el que no me conociere por mi nombre, conózcame por esto, que es solamente de lo que me precio, y lo que, si en mí hay cosa buena, tiene algún valor (2).

(1) Imp., y *con.*

(2) Imp., *lugar.*

## PARTE PRIMERA

### ODA I

#### VIDA RETIRADA (I).

¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido,  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
5 los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho  
de los soberbios grandes el estado,  
ni del dorado techo  
se admira fabricado  
10 del sabio moro en jaspers sustentado.

No cura si la fama  
canta con voz su nombre pregonera,  
ni cura si encarama  
la lengua lisonjera  
15 lo que condena la verdad sincera.

(1) Otros Mss., *Vida solitaria*. Imp., sin título.